

LA IDENTIDAD CULTURAL EUROPEA *

JOSÉ ANTONIO JÁUREGUI OROQUIETA

El artículo 151 del Tratado de Amsterdam —Tratado de la Unión Europea— en el Título XII (CULTURA) dice así: «La comunidad contribuirá al florecimiento de las culturas de los Estados miembros, dentro del respeto de su diversidad nacional y regional, poniendo de relieve al mismo tiempo el patrimonio cultural común».

¿Qué hemos de entender por «patrimonio cultural común»? ¿Qué significa «comunidad cultural» y cómo puede relacionarse con una «diversidad nacional y regional»? El patrimonio cultural común que más salta a la vista es un idioma común: el idioma francés, el alemán, el español, el euskera, el gaélico y todos los demás. Los partidos nacionalistas o los nacionales con frecuencia definen la cultura común como un idioma común. La clave de la cultura —y de la nación— residiría en el idioma. Por tanto, idioma vasco = cultura vasca = nación vasca.

Pero la cultura o el patrimonio cultural común no se reduce al idioma hablado solamente. Una cultura o un patrimonio cultural común es un sistema de ideas y de valores comunes que se traducen en sistemas sensoriales y en productos culturales comunes.

Frente a los euroescépticos y frente a ciertos nacionalistas que se escandalizan y se irritan si oyen hablar de «cultura europea» en singular, una lectura de «los hechos sociales» en expresión de Emile Durkheim, me ha convencido de que existe una cultura europea común, no monótona, ni monotemática, ni uniforme, sino como temas europeos comunes con variaciones nacionales, regionales e individuales. Todos los europeos compartimos hoy temas culturales comunes como son democracia, gimnasia, música o política. Son temas grecolatinos, diseñados y creados por los griegos y llevados a los cuatro rincones de Europa por los romanos.

¿Es Cibeles algo madrileño? Sí, pero solamente como una variación española y madrileña de un tema europeo. Pregunté en una clase de más de cien estudiantes en una universidad madrileña si sabían quiénes eran los leones que arrastran el carro de Cibeles. Nadie sabía.

Cibeles aparece en la plaza madrileña que lleva su nombre sentada en un carro arrastrado por dos leones. Estos dos leones son Hipomenes y Atalanta. Atalanta no

* Conferencia pronunciada en la Real Academia de Doctores el 8 de mayo de 2002.

quería casarse con nadie. Quería ser libre. Era muy guapa y estaba muy solicitada. Era, además, la que mejor corría. Para quitarse de en medio a los pesados que la importunaban, propuso e impuso unas duras condiciones: se casaría con ella el que corriera mejor que ella pero, si perdía la carrera, sería decapitado. En el lugar de la carrera aparecieron varias cabezas colgadas de unos postes de los que perdieron este duro juego.

Hipomenes había recibido tres manzanas de oro de Venus. Durante esta carrera dejó caer primero una manzana de oro, luego la segunda y finalmente la tercera. Atalanta, al agacharse para cogerlas, perdió unos tiempos que permitieron a Hipomenes derrotar a Atalanta. Borracho de felicidad, al desposarse con una mujer tan hermosa habiéndola conquistado con tanto esfuerzo y habilidad, se olvidó de cumplir con una promesa sagrada: dar gracias a Venus. Venus castigó su desagradecimiento convirtiéndoles a él y a su bella esposa en dos leones castigados para siempre a arrastrar el carro de Cibeles.

¿Es la Sirenita de Copenhague algo danés? Sí, pero como una variación danesa de un tema común europeo. La sirena es un símbolo europeo de todos los tiempos que hemos heredado de nuestros padres y antepasados los griegos en esa colosal herencia cultural con la que estamos endeudados para siempre. No es por azar que sirenas o siren en inglés signifique unos sonidos fuertes y espectaculares de alarma que tocan las ambulancias y que se escuchan en las ciudades para llamar la atención de los ciudadanos. Es una variación técnica de un viejo tema mitológico griego y europeo. Las sirenas de la Odisea tenían una voz tan potente que no podía dejar de escucharse. Por esa razón Ulises tapó con cera los oídos de sus compañeros de navegación. Hoy las voces de la ciudad que tienen un tal volumen y potencia que se superponen a todos los ruidos del tráfico y que no pueden dejar de escucharse, salvo tapándose los oídos, son las sirenas. Podemos sorprendernos de cómo la variación discurre por los railes del tema.

«Los nacionalismos en España siempre han sido la manzana de la discordia». He recogido este tipo de comentario. La manzana de la discordia y el talón de Aquiles son dos temas europeos que han llegado hasta nuestros días creando muchas y bellas variaciones al tema en el mundo del pensamiento, de la literatura y del arte.

Eris es la diosa griega de la discordia, siendo Discordia su réplica romana. En la mitología grecorromana Eris o Discordia era la diosa que sembraba «la discordia» entre amantes, entre amigos y entre los pueblos. Se sintió ofendida por no ser invitada a la boda de Peleo y de Tetis y en venganza arrojó una manzana de oro con la leyenda: «a la más guapa». Tres diosas que asistían a esta boda se disputaron este preciado trofeo femenino: Minerva, Juno y Venus. Paris hijo de los Reyes de Troya, fue elegido como árbitro para decidir quién de las tres era la más bella y podría merecer «la manzana de la discordia». Las tres se desnudaron para impresionarle con sus cuerpos «divinos» (en todos los sentidos del término). Con objeto de seducir y corromper al árbitro «imparcial», amén de mostrar sus cuerpos de divas, cada una le ofreció una dádiva: Juno el poder, Minerva la sabiduría y Venus la mujer más hermosa de la tierra.

Tetis, la madre de Aquiles, sabiendo que su hijo podría morir al no ser del todo inmortal, lo bañó en la laguna Estigia para hacerlo invulnerable. Lo sumergió desnudo en la laguna, pero como lo tenía agarrado por el talón, esta parte se transformó en el «talón de Aquiles»: Al fin, tras muchas gestas «heroicas», murió herido por una flecha

que hizo diana en el talón. Desde entonces los europeos echamos mano del «talón de Aquiles» como una herramienta mental y emocional buscando en las personas y en las instituciones «la parte vulnerable».

Cínicos, escépticos, estoicos y sofistas: he aquí cuatro grandes temas europeos heredados de nuestras madres Atenas y Roma. Son cuatro maneras y cuatro estilos de torear el toro de la vida y de la muerte. Son cuatro actitudes teóricas y vitales que en mayor o en menor medida siguen formando parte de la cosmovisión europea. Seguimos hablando hoy en toda la escena europea de alguien que «es un cínico» o bien de alguien que muestra una «actitud cínica» ante un determinado asunto. «¡Qué cinismo!» o «hace falta ser cínico» oímos en la calle, para definir la actitud de alguien que «se pone el mundo por montera» (traducción castiza de un concepto/valor heredado de los griegos). Circulan por Europa definiciones cínicas de la vida como estas: «La vida es una enfermedad contraída por vía venérea con índice de mortandad del cien por cien»; «ya sabemos que en esta vida estamos para hacer el bien a los demás; lo que no sabemos es para qué están los demás».

El fundador y santo patrón de la escuela cínica es Diógenes. Diógenes es uno de los antepasados que sigue formando parte de la sociedad cultural europea. Antístenes fue el fundador del cinismo, como una escuela filosófica que predica la virtud como el único valor humano, ridiculizando la vanidad humana, la hipocresía de las costumbres, la estupidez del culto antropomórfico a unos dioses envidiosos y ruines, las creencias absurdas en agoreros y adivinos y todo el grotesco carnaval de la sociedad humana. Diógenes decidió ser coherente con esta doctrina cínica y a diferencia de su maestro Antístenes que en teoría ridiculizaba unos hábitos sociales que por otra parte respetaba escrupulosamente, se desnudó de todo ropaje carnavalesco en el sentido físico y metafórico de este verbo.

Para gran sorpresa de su sociedad Diógenes ya convertido en un filósofo agudo y en orador persuasivo, comenzó a vivir una vida «natural», totalmente desnudo en un bosque de una gran belleza, saboreando la sabiduría, el oxígeno, la compañía de los árboles y de las flores, una conciencia limpia, una ausencia de preocupaciones y de agobios económicos para mantener el lujo de una vivienda cara, unos vestidos refinados y una comida de platos exquisitos.

«Usted vive como un perro», le dijo alguien en tono guasón. Diógenes aceptó el invite y convirtió al perro en el símbolo de su doctrina y de su forma de vida. Κύων, κυνός, *kion*, *kinós* quiere decir perro y κυνικός, *kinicós*, *cínico*, por tanto, perruno. Fustigaba a los políticos corruptos que, lejos de servir a la *politeía*, a la *res publica*, se servían de sus cargos para enriquecerse en el mercado sórdido de la compraventa de favores en el que se vende la amistad, el amor, la fidelidad, la verdad, la justicia y la honradez al precio adecuado. Ridiculizaba a los adivinos y agoreros que a la chita callando se hacían con los ahorros de los trabajadores que habían conseguido con el sudor de su frente.

Su fama fue tal que Alejandro Magno vino a verle. El encuentro creó una gran expectativa. ¿Qué diría un filósofo que todos los días fustigaba a los políticos y especialmente a los que erigían un imperio con la sangre derramada de tantos inocentes, cuando se encontrara con Alejandro llamado Magno, «el grande»? ¿Qué encuentro podría tener lugar entre un filósofo despojado de toda vestimenta y de todo adorno

frente a un Emperador vestido de ricos brocados y adornado con joyas relucientes? El encuentro creó una gran expectación. Subió Alejandro Magno la colina con su séquito y llegó hasta el lugar en que Diógenes estaba sentado. «Soy Alejandro Magno», le dijo este emperador a modo de saludo. «Soy el hombre más poderoso de la tierra. ¿Qué puedo hacer por tí?» Diógenes le replicó: «Quitarte de ahí y dejar que pueda tomar el sol». Alejandro Magno, humillado y ridiculizado, se fue sin decir nada más.

Este encuentro ha quedado en la escena europea como el momento culminante de Diógenes, el cínico, en su total desprecio del poder político y de la comedia bufa del carnaval social. Un día Diógenes salió de su lugar habitual en el bosque de cipreses y con una lámpara se dio un paseo por el ágora, por la plaza pública, al mediodía con un sol resplandeciente en medio de mercaderes, políticos y gente que se paseaba. «¿Qué buscas con esa lámpara encendida?», le preguntaron. Diógenes replicó: «Estoy buscando a un hombre».

Estas dos escenas —el encuentro con Alejandro Magno y la búsqueda de un hombre digno de éste nombre con una vela encendida— han sido creadas y recreadas como preciosas variaciones al mismo tema tanto en la Grecia y Roma clásicas como en siglos posteriores. Podemos ver a Diógenes con su lámpara o dando un desplante olímpico a Alejandro Magno en el Museo de Le Louvre, en la Galería Real de Dresde, en el Museo Stadel de Frankfurt, en cuadros célebres de Rubens, de Poussin y de otros grandes maestros. Diógenes y su escuela cínica contribuye a identificar a Europa como un tema filosófico y vital con variaciones académicas y artísticas tanto en Alemania como en España. Es conocido el Diógenes de Ribera con su lámpara, aunque se conserva este cuadro en la Galería Real de Dresde.

«Llama la atención en la escena del Titanic, cuando se está hundiendo la actitud estoica de los músicos: siguen tocando como si no ocurriese nada. También sorprende la actitud no menos estoica del que pide que se le sirva otra copa, mientras todos corren como ratas». He oído este comentario que puede traducirse al inglés o al alemán. La actitud *estoica*, lo estoico, el estoicismo es una palabra que conlleva un concepto y un valor que pertenece al diccionario europeo, incluido el diccionario cerebral de un ciudadano europeo medianamente bien informado.

Στωϊκός, *stoikós*, es una palabra griega que procede de στοά, *stoá*, el pórtico. Si el perro ha quedado como el símbolo de la escuela cínica, el pórtico es el representante del estoicismo en la República Cultural Europea. Aunque un verso que circuló por Grecia dice que «Sin Crisipo, no hubiese existido la Stoá» —atribuyéndose a Crisipo de Cilicia la fundación de este término y de esta escuela—, es en esta ocasión un romano oriundo de Córdoba, Séneca, la figura que descuella en «el pórtico». Lucius Anneus Seneca, hijo de Marcus Anneus Seneca, también cordobés, orador y escritor, queda en la escena europea como el estoico por excelencia tanto por sus escritos como por su actitud «estoica» frente a la muerte. Séneca fue un apóstol de la escuela estoica, como un sistema filosófico y vital que convierte al hombre en un ser libre o liberado de las pasiones y de los acontecimientos del mundo, soberano de su destino en cuanto a profesar una actitud de total desprecio tanto por la vida como por la muerte, pero sin ceder jamás un milímetro ante la virtud, la honradez, la justicia o la dignidad humana.

Lo que ha quedado ante el escenario histórico y cultural europeo como una actitud estoica de Don Tancredo, es la escena del suicidio de Séneca. Preparó meticulosamente

su suicidio —acompañado del de Pompeya, su amante joven que decidió acompañarle en esta última aventura—, abriéndose las venas como quien organiza una velada divertida entre amigos. Dada la mala circulación de sus venas, la muerte fue lenta y larga, manteniendo un perfecto dominio de la situación y dictando su testamento como si no ocurriese nada. Esta es la escena que ha sido representada por Velázquez, Rubens y por otros grandes maestros.

La actitud estoica, cuyo máximo exponente es Séneca tanto por su obra como por su vida, es uno de los valores que se ofrecen en la escena cultural europea como uno de los grandes temas con variaciones. Séneca es uno de los personajes que contribuyen a formar y a conformar la sociedad cultural europea de todos los tiempos.

Junto al cínico y al estoico, encontramos al escéptico, otro carácter o tipo cultural conocido y vigente hoy tras más de veinte siglos de vida cultural europea. Σκοπέο, *skopeo*, es vigilar. El escéptico es el que vigila, el vigilante, el vigía. El *episcopo* —el obispo— es el que vigila desde arriba, el supervigilante.

Al vigilar, al observar la realidad como un Sherlock Holmes, el vigilante se hace «escéptico», un dudador. El escéptico es el que no está seguro de nada y, por dudar, duda hasta de su sombra. En el Θεαιτήτος, *Theaitetos*, uno de los Diálogos de Platón, titulado también Περί Ἐπιστήμης, *Peri Epistemes* (Acerca del conocimiento), nos encontramos con este texto: «¿Qué prueba podríamos dar si alguien nos pregunta en este momento si estamos dormidos y si nuestros pensamientos son un sueño o si estamos despiertos y hablando el uno con el otro en condición de vigilia?»¹ Aquí está el pensamiento escéptico por excelencia que hará exclamar más tarde a San Agustín «aunque esté del todo equivocado, mientras me equivoco algo soy»² y que finalmente desembocará en una de las sentencias más europeas de todos los tiempos «*cogito ergo sum*», «*je pense, donc je suis*», «pienso luego soy»³ de Descartes. Son variaciones escépticas del mismo tema. La actitud escéptica es una de las grandes herencias académicas que sigue formando parte del patrimonio cultural común de todos los europeos.

En toda la escena europea seguimos hablando de sofismas, de sofistas y de falacias, viejo y clásico tema común que sigue en pie. «La familia de los sofistas es nefasta y difícil de atraparla», leemos en «El Sofista», Σοφιστής, *Sofistés*, de Platón. Platón dedicó uno de sus Diálogos a la difícil «pesca» del sofista, anguila escurridiza gracias a sus hábiles ardites. Platón denunció al sofista como a un hábil embaucador que logra vaciar los bolsillos de los ingenuos con argumentos persuasivos y con trampas dialécticas. El sofisma es un error pero disfrazado habilmente como una verdad irrefutable.

El sofista es un embaucador agudo y persuasivo, hábil mercader que logra vender «gato por liebre». Una de las frases célebres que han llegado hasta nuestros días es

¹ Teteto, Platón 158b.

² He encontrado este pensamiento de San Agustín en un estudio preliminar al Discurso del Método de René Descartes de Eduardo Bello (Discurso del Método 1993-), p. XLIV: *Si enim fallor, sum*. En las Confesiones de San Agustín nos topamos con este suspiro del alma de un escéptico: «*Ei mihi, qui nescio saltem quid nesciam!*: ¡Ay de mí que ni siquiera sé lo que no sé!» (Libro XI, sección XXV).

³ Discurso del Método (1976) R. Descartes, cuarta parte (p. 61-68) y Meditaciones Metafísicas, Meditación Segunda (121-130)

ésta: «El mentiroso que, al mentir, dijo que mintió mintió y no mintió». El sofista, como el prestigitador hábil, juega con truco, pero no es fácil descubrirlo. Aristóteles en *Sobre las Razones Sofísticas*, nos dió las pistas para descubrir dónde están los trucos. Uno de estos trucos puede consistir en colocar varias frases seguidas que pueden separarse de forma diversa, dando pié a equívocos: Ibis, redibis (volverás) non peribis (no perecerás). Pero se puede también interpretar como: Ibis (irás), redibis non (no volverás), peribis (perecerás). Este vaticinio del oráculo célebre de Delfos ha sido citado una y mil veces a lo largo y a lo ancho de la escena europea a través de los siglos.

Los dos grandes sofistas son Protágoras y Gorgias, personajes célebres de la República Europea de las Letras. Protágoras que significa «el primero-de-la-plaza», «el número uno del ágora» fue en verdad el que dominaba el ágora con su inteligencia aguda y con sus dotes oratorias. Fue el primer filósofo que empezó a cobrar las lecciones. Como el hombre valora lo que paga y no se fía de lo que dan gratis —como regla con excepciones (cabe el hombre excepcional» frente al «ordinario» o «vulgar»)—, sus lecciones adquirieron un valor añadido. Acuñó una sentencia sobre la que se han escrito un sinnúmero de variaciones: Πάντων χρημάτων ἄνθρωπος μέτρον ἔστιν: panton jrematon ánthropos metron estin: «el hombre es la medida de todas las cosas». Platón y Aristóteles crearon las primeras variaciones a esta sentencia del «Primero de la Plaza». Esta frase ha inspirado a todos los Descartes, Spinozas, Kants, Unamunos y Heidegger.

El otro gran sofista fue Gorgias que se divertía probando una tesis y luego la contraria, dejando siempre a su audiencia perpleja e incapaz de «llevarle la contraria». Sostuvo una triple tesis: 1/ Nada existe; 2/ Si algo existiera, no podría conocerse 3/Si algo existiera y pudiera conocerse, no podría comunicarse»⁴. Platón le llamó «el filósofo más atrevido». Esta triple afirmación con sus brillantes argumentos es uno de los temas que han inspirado a pensadores, poetas, y artistas de toda la escena cultural europea, siendo hoy parte del patrimonio cultural de todos los europeos. Son célebres así mismo las aporías de Zenón que intenta probar que Aquiles no logrará nunca alcanzar a una tortuga, con trucos sofísticos que son un excelente ejercicio en el arte de discurrir y de razonar.

Platón y Aristóteles, opusieron el σοφός, *sofós*, el sabio al σοφιστικός, *sophisticós*, el falso sabio, como se opone un valor positivo al negativo, comparable a la dicotomía demócrata y demagogo en otro orden de realidad. Pero los sofistas con sus ingeniosos sofismas son grandes pensadores que nos hacen discurrir y agudizar nuestra mente metiéndonos en la calle «sal-si-puedes». Los célebres sofismas y aporías tienen la utilidad de los caprichos de Paganini: ayudan a adquirir una mayor destreza y agilidad para dominar el instrumento de trabajo: sea el cerebro sea el violín. Son excelentes ejercicios de adiestramiento. Los sofismas permitieron a Aristóteles escribir su célebre tratado.

Dentro del maravilloso legado cultural que hemos heredado los europeos están ayer y hoy con los mismos nombres los cínicos, los escépticos, los estoicos y los sofistas.

⁴ Se han perdido las obras de Gorgias, pero nos han llegado hasta hoy tanto por la tradición oral como por la tradición escrita sentencias de este célebre sofista especialmente la triple tesis citada. Platón le dedicó uno de sus diálogos: «Gorgias».

En el altar del Gran Templo de la Cultura Europea están las hornacinas de Diógenes, Sócrates, Séneca y Protágoras.

¿Sería Europa la misma si tuviésemos que suprimir de su escena cultural sus exquisitas iglesias románicas, sus espectaculares iglesias góticas, sus Requiems líricos y trágicos —el de Mozart, el de Verdi, el de Dvorak, el de Fauré—, sus Cristos pintados o esculpidos —el de Rembrandt o el de Dalí—, sus Madonnas —la piedad de Miguel Angel, las Vírgenes de Rafael o de Murillo—, sus santos que pueblan el parnaso cristiano europeo —el entierro del Conde de Orgaz del Greco y los santos de tantos retablos medievales, renacentistas, barrocos o modernos—, sería Europa la misma Europa, si hubiésemos de suprimir la Divina Comedia de Dante, los poemas de Teresa Cepeda o de Juan de Yepes, toda la poesía y toda la prosa poética tejidas en torno a un judío llamado Cristo? Toda esta riquísima cosecha cultural y multi-secular que forma parte de ese «patrimonio cultural común» del que se habla en el Tratado de Amsterdam no son sino variaciones culturales de un gran tema europeo: Cristo.

Debemos sorprendernos de un hecho social y cultural colosal: la cultura europea y la propia identidad europea se teje a través de los siglos en torno a Cristo, en torno a un extraño o extranjero que ni nació, ni vivió, ni murió en territorio europeo.

Si Platón, Fidias y Vitruvio son padres de la verdadera Unión Europea —la mental, la emocional, la académica, la cultural—, Saulo de Tarso es, asimismo, uno de los grandes padres de la cultura europea, de ese «patrimonio cultural común» de todos los europeos. ¿Qué europeo, sea cristiano practicante, o judío ortodoxo, o ateo militante no siente como algo suyo, como parte de su patrimonio cultural la Anunciación de Fra Angélico, el canto gregoriano, el Requiem de Mozart o la Catedral de Notre Dame de París? Uno de los principales responsables de este estado cultural de cosas europeas es Saulo de Tarso. Saulo de Tarso es un judío practicante, militante, ortodoxo: «Yo mismo soy israelita, descendiente de Abraham y de la tribu de Benjamín». «Siempre he sido fariseo que es la secta más estricta de nuestra religión»⁵. Esta secta se encarga de vigilar con lupa ortodoxa cualquier herejía, cualquier desviación de la verdadera religión de Abraham y de Moisés. Algunos judíos han iniciado una desviación peligrosa de la religión judía. Son los discípulos de Cristo, un judío también hereje, que fue condenado a muerte por subversivo y por blasfemo por Anás y Caifás, las más altas autoridades del pueblo judío. Saulo de Tarso, que siente como buen fariseo que su deber es mantener la ortodoxia judía a cualquier precio, se une y hasta dirige la primera campaña de persecución contra los primeros discípulos de Cristo. Esteban es uno de los primeros discípulos que predica la doctrina de ese judío subversivo y blasfemo llamado Cristo. Un grupo de fariseos lo condena a muerte por desviarse de la verdadera religión judía: «Mientras lo apedreaban, Esteban oró diciendo: Señor Jesús recibe mi espíritu. Luego se puso de rodillas y gritó con voz fuerte: ‘Señor, no les tomes en cuenta este pecado’. Y habiendo dicho esto, murió. Saulo estaba allí dando su aprobación a la muerte de Esteban. Aquel mismo día comenzó una gran persecución contra la Iglesia de Jerusalén... Saulo perseguía a la Iglesia y entraba de casa en casa para sacar a rastras a hombres y mujeres y mandarlos a la cárcel»⁶.

⁵ Hechos, 11,1.

⁶ Hechos, 7,59-8,3.

Roma exporta también sus dioses con sus templos, procesiones, rogativas, dogmas y ritos. Pero Roma que ha vencido a Israel no logra convencer al pueblo judío de que abandone a Yahvé y se pase a Júpiter, a Venus, a Diana y a Mercurio.

Los judíos no aceptan de buen grado el verse sometidos a la bota imperial de Roma, pero en cualquier caso siguen aferrados a su Yahvé, celebrando el «Paso» —la Pascua— ritual y festivamente todos los años, circuncidando a sus hijos varones y orando en el Templo de Salomón. Siguen también esperando —como hoy— al Mesías que liberará al pueblo de Israel. Los discípulos de Cristo pensaron que él era el Mesías que liberaría al pueblo de Israel del «yugo» de Roma. El Emperador Tito, creyendo que se pueden cambiar las convicciones por la fuerza bruta, mandó destruir el Templo de Salomón en Jerusalén. Solamente quedó un muro en pie. A Tito como a Saulo de Tarso le salió el tiro por la culata. Tito, al destrozarse un Templo colosal, creyó que podría desmoronar el templo judío de la fe en Yahvé y en «la tierra prometida». Vencer y convencer no siempre pedalean en el mismo tándem. Pueden enfrentarse como el caballo blanco que tira del alma en una dirección mientras que el caballo negro intenta arrastrar al alma en dirección opuesta, según la célebre analogía de Platón.

El muro que quedó en pie, tras la destrucción en verdad «bárbara» de un templo espectacular en Jerusalén, capital geopolítica y teopolítica de los judíos, ese muro se convirtió en el «Muro de la Lamentaciones», un tótem sagrado desde entonces para los judíos, un lugar de encuentro íntimo de todos los judíos. Saulo de Tarso mientras iba camino de Damasco a la búsqueda de nuevos Esteban con la intención de convertirlos a pedradas, se cayó del caballo ofuscado y cegado por una luz. A partir de esa caída del caballo, gira ciento ochenta grados en su estrategia de persuadir o convencer. Saulo de Tarso no solo se convierte al cristianismo, sino que abandona el lenguaje bruto de la fuerza para convencer. Entiende que vencer y convencer son dos mundos, dos galaxias.

En esta caída del caballo de Saulo de Tarso, en su conversión, en su pasión por persuadir a griegos y a romanos de que deben hacerse cristianos está una de las claves de la cultura y de la identidad europeas.

Saulo de Tarso que se convertirá en Pablo y más tarde en San Pablo, no es solamente un judío de pura cepa. Es además un *cives romanus*, un ciudadano romano: «El comandante le dijo: A mí me costó mucho dinero hacerme ciudadano romano. Pablo le respondió: Pues yo soy ciudadano romano de nacimiento⁷. Pablo es judío de pura cepa, ciudadano romano de pleno derecho y además conoce el griego y conoce a los griegos: «Atenienses, por todo lo que veo, sois gente muy religiosa, pues, al mirar los hogares donde celebráis vuestros cultos, he encontrado un altar que tiene escritas estas palabras: ‘Al Dios desconocido’. Pues bien de ese Dios que adoráis sin conocerlo, vengo a hablaros». «Algunos filósofos epicúreos y estoicos comenzaron a discutir con él. Unos decían, ‘¿De qué habla ése charlatán?’ y otros ‘Parece que es propagandista de dioses extranjeros’⁸».

«*In principio erat verbum*: en el principio era la palabra», leemos en el Evangelio de Juan. Podríamos decir: «En el principio de la sociedad era la palabra». Surge una

⁷ Hechos, 22,28.

⁸ Hechos, 17, 22-24; 17,18.

nueva sociedad, una nueva teópolis. ¿Cuál? ¿Cómo se o se llamará? Hay que bautizar a la criatura. «Fue en Antioquía donde por vez primera se les dió a los discípulos el nombre de *cristianos*»⁹. Ha nacido una nueva sociedad: ya tiene nombre.

Aunque Pablo cree que los cristianos no dejan de ser judíos si son judíos, los judíos, especialmente los ortodoxos a los que él perteneció con la misma pasión paulina de un hombre apasionado, no ven con buenos ojos ni geopolíticos, ni teopolíticos, ni genopolíticos que gentiles y judíos formen y conformen una misma teópolis. Pablo y sus ciento veinte seguidores tienen que nadar contra corriente: contra judíos y contra gentiles. Los griegos que le escuchan en Atenas se ríen de él y lo descalifican como un «charlatán». Los Emperadores romanos no ven con buenos ojos que una pandilla de subversivos vengan a perturbar la paz del Imperio. En el edificio político tan importante es la religión como el ejército o como la economía. Son cimientos. No toleran los Emperadores romanos que se abra ninguna grieta ni fisura en la fe teopolítica de la geópolis llamada Roma e Imperio Romano. Que los judíos no quieran pasarse de Yahvé a Júpiter es intolerable. Pero mucho más intolerable es que venga un «cantamañanas» judío pero que es *cives romanus* a cuestionar la fe de los romanos en Mercurio y en Diana en el mismo corazón de Roma. El Emperador Nerón desata una cruel persecución contra los cristianos, sin entender que, al matarlos, crea «testigos» es decir *mártires*.

Las precauciones de Nerón, de Calígula o de Diocleciano no solo no logran eliminar de raíz a un minúsculo grupo «subversivo», sino que los «testigos» van convirtiendo una cerilla encendida en un bosque ardiendo en ese curioso mundo humano de la fe, de las conversiones y de las convicciones. Pero, si el testimonio de los que se dejan matar por defender su nueva fe, es un argumento que convence a muchos, también impresiona que el Pontifex Maximus, que el Emperador con todo su poder y con todo su enorme prestigio, se convierta y abandone la religión clásica de Roma. Fue Andreotti quien dijo que el Emperador Constantino fundó la Democracia Cristiana. Es una humorada pero una humorada atinada. En efecto Caius Flavius Valerius Constantinus, conocido como el Emperador Constantino mueve y conmueve a los *civi romani*, a los ciudadanos romanos de Roma y del Imperio, con una conversión llamativa, escandalosa, poco creíble. Constantino desempeñó altos cargos durante el periodo en que Diocleciano desató una de las más feroces persecuciones contra los cristianos a los que arrojaba a la hoguera. La vida del Emperador Constantino discurre entre el año 274 y el 337. Siendo ya Emperador tiene una visión: ve la cruz y una frase que dice «*in hoc signo vinces*: con esta señal vencerás». Se convierte al cristianismo. Hace colocar la cruz en los estandartes del Ejército Imperial. Ya no hay oposición y colisión frontal entre el águila imperial y la cruz, sino simbiosis, sinergia, síntesis. Aquí tenemos una de las claves de la cultura europea: simbiosis, síntesis o sinergia de temas grecolatinos y eurocristianos de procedencia judía.

La geópolis europea está marcada en todo su territorio con iglesias, siendo la iglesia una síntesis de arquitectura grecolatina y de unos ritos importados del mundo judío. Al importarse al Imperio Romano la religión de Cristo, un judío que no va a la iglesia sino a la sinagoga, se podría haber adoptado la sinagoga tal cual. Pero no fue así. En este como en casi todos los ámbitos y ambientes del eurocristianismo encontramos una simbiosis o síntesis de temas grecolatinos y judíos. Entramos en una iglesia

⁹ Hechos, 11,26.

o en una sinagoga y puede escucharse el mismo salmo que compuso David, pero en la iglesia se escucha en latín (durante muchos siglos). ¿Por qué no se ha utilizado durante casi veinte siglos como idioma litúrgico el hebreo, el idioma de Cristo, sino el latín, un idioma gentil o pagano, mientras que en todas las mezquitas se sigue escuchando el árabe, el idioma del profeta Mahoma? Porque aquí una vez más se nos aparece la cultura europea como un gran tapiz que se teje con telas e hilos judíos y grecolatinos. ¿Por qué hay tantas representaciones de Cristo, de María, de los santos en tantos cuadros, en tantas estatuas, en tantos retablos, siendo las iglesias verdaderos museos, cuando en ninguna sinagoga se permite ninguna imagen, ninguna representación ni de Dios ni de ningún Isaías o Salomón? Aquí igualmente aparece esta misma —tema tabú en la sinagogas— y personajes judíos como Abraham sacrificando a su hijo Isaac o el David y el Moisés de Miguel Ángel. El Emperador Constantino con Santa Sofía inaugura la basílica, la iglesia que se destaca hasta hoy mismo como el edificio más sobresaliente y más rico en arte de tantas y tantas aldeas y que compite en las ciudades con otros templos del comercio e del arte «laico» (que está muy emparentado con el religioso, siendo ambos grecolatinos).

El Emperador que sucede a Constantino es Flavius Claudius Iulianus que vive entre el 331 y el 363. Es el Emperador conocido como Juliano el Apóstata. Juliano cree que es un error el tirar por la borda la religión clásica del Imperio Romano y adoptar una religión extraña o extranjera, como había hecho el «imprudente» Emperador Constantino. Peleará denodadamente para restaurar la religión de Júpiter y de los dioses romanos. Al morir en el campo de batalla, se extrajo una espada ensangrentada y gritó: *vicisti, Galileus!* «¡Venciste, galileo!», refiriéndose a Cristo. El siguiente Emperador Flavius Theodosius, conocido como Teodosio el Grande, va más lejos que el Emperador Constantino, adoptando de una forma oficial la religión cristiana como la nueva religión de Roma y desterrando la vieja religión imperial dando un cerrojazo a los templos de Júpiter y de Diana, sin tener que hacer grandes esfuerzos, ya que la fe en esos dioses se había evaporado. Por este motivo dió un cerrojazo a los Juegos Olímpicos, por ser una acción de gracias a Júpiter, permaneciendo cerrados hasta que el Barón de Coubertin volvió a resucitarlos. ¿Por qué el sucesor de Cristo, el Papa, tiene su sede en Roma? ¿No sería lo lógico —lógica teopolítica— que estuviese el sucesor de Cristo en la tierra de Cristo, en Jerusalén o quizás en Belén, donde nació? Si estos Emperadores —Constantino y Teodosio— no se hubiesen convertido en adalides e impulsores del cristianismo como la nueva religión de Roma, tal vez las cosas culturales hubiesen discurrido por otras vías y por otros derroteros. Roma, al adoptar una nueva teópolis, siguió siendo la geópolis de siempre, la capital, la caput o cabeza de todos los caminos culturales y físicos que van a Roma. Estos Emperadores son Pontifex Maximus, el Máximo Hacedor de Puentes, título que sigue ostentando el sucesor de Cristo. El Emperador cuando ya desapareció de la escena política propiamente dicha, siguió hasta hoy encarnado en el Pontífice de Roma. El Papa, el Pontífice, el Pontifex Maximus, desde su sede en Roma, es una muestra de esa síntesis grecolatino-judía que es la cultura europea. Si fuese solamente un sucesor de Cristo, ni se llamaría Pontífice, ni residiría en Roma.

Si no tenemos los europeos «el europeo», es decir un idioma común —aunque palabras claves de los idiomas europeos son temas comunes con variaciones—, tenemos los europeos otros idiomas comunes como es el calendario. El calendario es un idioma común de todos los europeos, un idioma que usamos todos los días. Todas

nuestras actividades están ubicadas y ordenadas en un calendario determinado: tal milenio, tal siglo, tal año, tal mes, tal día. Roma nos unificó a los iberos, a los bretones, a los británicos, a los celtas, a los godos, a los galos y a los demás pueblos de Europa otorgándonos un calendario común. El calendario tiene una fecha clave de la que arranca. Los romanos colocaron en el altar central de este calendario a Roma misma. Roma, como no le sorprendería a Emile Durkheim, era la verdadera diosa de este templo del dios Cronos o Tempus. Todos los pueblos del Imperio Romano se regían por un calendario único e idéntico: *a.u.c.*: *ab urbe condita*, desde la fundación de la ciudad. Fijémonos bien que ni siquiera se dice «desde la fundación de la ciudad de Roma». Ese *la*, ese artículo determinado, es determinante: la ciudad por excelencia es Roma (En España en ciertos ámbitos se habla de «la» madre para referirse a la propia madre o en Inglaterra dicen «la» Reina cuando se refieren a la Reina de Inglaterra). Pero a medida en que va cuajando el eurocristianismo no solo como una religión nueva para todo el Imperio Romano, sino como una cultura europea nueva, el *a.u.c.* desaparece y deja paso al A.D. Anno Domini, el año del Señor. Y «el» Señor es Cristo. Es el año 753 *a.u.c.* Se convierte en el año 527 *ab incarnatione Domini*, desde la encarnación del Señor, expresión acuñada por Dionisio el Exiguo. Se le denomina el exiguo, porque según descubrió Kepler, Dionisio, al hacer el cómputo de años que se le había encomendado, se equivocó de cinco años (En realidad si esta equivocación es verdadera, estaríamos hoy en el año 2007 y no en el año 2002).

No cuajó la expresión *ab incarnatione Domini* ni la sigla *a.i.d.* que hubiese reemplazado a la sigla *a.u.c.*, *ab urbe condita*. Pero sí se mantuvo hasta hoy en toda la escena europea, el calendario cristiano que, al adoptarse en toda Europa, es en verdad eurocristiano. Teópolis y geópolis se funden en este como en tantos otros dominios.

Solamente desde esa época hasta hoy se intentó suprimir este calendario en Francia como consecuencia de la Revolución Francesa. Con la intención de crear una sociedad civil y laica (siendo la sociedad laica una opción teopolítica como otra cualquiera con prestes, encíclicas, excomuniones, brotes fanáticos y sacristanes), se inició un nuevo calendario. La fecha clave de partida sería el 22 de Septiembre de 1792 y Francia reemplazaría a Roma y a Cristo en el altar central de este templo. Los meses también cambiarían de denominación y se llamarían *Vendemiaire*, *Brumaire*, *Frimaire* etc. No cuajó este intento y el calendario eurocristiano como un colosal edificio multiseccular sigue en pie. Es la gran catedral europea, templo común de todos los europeos, pero no de los chinos, ni de los musulmanes, ni de los judíos ni de otros pueblos que se rigen por otras pautas cronológicas colocando en las hornacinas de este altar a otros héroes, ídolos o fetiches. Los chinos —más de mil millones— no están en el año 2002. Cada año está presidido por un animal en el calendario chino.

Si nos adentramos en el laberinto del calendario europeo nos toparemos con otros hechos sorprendentes. Una vez más podemos ver cómo el calendario europeo es una síntesis o sinergia de temas grecorromanos y cristianos de origen judío. Los romanos nos legaron su calendario dividido en diez meses: 1 Martius; 2 Aprilis; 3 Maius; 4 Junius; 5 Quintilis; 6 Sextilis; 7 September. 8 October; 9 November; 10 December. Aunque nuestro calendario europeo gira en torno al nacimiento de Cristo, podemos encontrar huellas grecolatinas. Roma adoptó de Grecia la clasificación estructural de siglos, años, meses, semanas y días. Los nombres de los meses siguen siendo romanos, aunque ahora los meses de Septiembre (el séptimo), Octubre (el octavo), Noviembre (el noveno) y Diciembre (el décimo) no se correspondan con el número que representan. Un mes está dedica-

do a Julio y otro a Augusto (Agosto). En las diversas hornacinas del templo de Cronos, están los meses. Un mes fue dedicado por los romanos al Emperador Julio César, el que escribió De Bello Galico (sobre la guerra de las Galias) y otro mes fue dedicado a Augustus, el Emperador que durante cuarenta años fue el Pontifex Maximus. Seguimos hoy en varios países de Europa honrando la memoria de dos Emperadores romanos: Julio, Juillet (en francés), July (en inglés), Agosto, Août, August, etc.

También los días de la semana en varios países europeos siguen dedicados a divinidades grecolatinas. Lunes (dies lunae, día de la Luna), Martes (dies Marti, día de Marte), Miércoles (dies Mercuri, día de Mercurio), Jueves (Jovis dies, día de Júpiter), Viernes (dies Veneris, día de Venus). Los dioses romanos siguen todavía hoy estando presentes en hornacinas del templo cronológico, del templo espacial (Marte, Júpiter...) y de otros templos culturales.

El sábado, uno de los días del calendario europeo, es judío. Es uno de los tantos regalos del pueblo judío al que, muchos europeos ignorantes y arrogantes, han despreciado y perseguido, cuando deberían decirle: gracias por tanto regalo inmerecido. El Sabbath o Sábado celebra la creación del mundo y es un recuerdo continuo —un gota a gota que cala en el cerebro— de que el mundo no es un caos desgobernado por el ciego azar, sino una melodía armónica y bien temperada compuesta y dirigida por «el» Creador. Dios creó el mundo en seis días y al séptimo descansó. El sábado es, pues, una de las tantas herencias culturales que proceden de nuestros ancestros judíos (ancestros en el dominio de la cultura). No coincide, sin embargo con el séptimo día el Sábado europeo. El séptimo día, el día del descanso europeo, es el Domingo, o Dies Dominica o Dies Domini: el día del Señor (Jesucristo). Todo el calendario gira en torno a Cristo, así como un día cada semana: un día dedicado al descanso y al culto cristiano.

Dos grandes europeos sin los que la cultura europea no sería lo que es son Averroes, un sabio musulmán y Maimónides, un sabio judío. Los dos son cordobeses y contemporáneos. Averroes nace en 1126 y muere en 1198 mientras que Maimónides nace en 1135 y muere en 1204. Rabi Moisés ben Maimón, conocido como Maimónides, nace y crece en una Córdoba que fue llamada «la segunda Atenas» por ser en el siglo doce la verdadera capital cultural de Europa. Córdoba tiene en ese momento un millón de habitantes —una metrópolis mucho más poblada que París, Madrid o Roma en ese siglo—, y es un centro europeo de las ciencias, de las letras y del arte. Maimónides recibe una educación académica pluridisciplinar y pluricultural teniendo a la vez grandes maestros islámicos y judíos en astronomía, en matemáticas, en medicina y en filosofía. Llegó a ser médico de cabecera del Sultán, un político suficientemente racional como para preferir en el campo de la medicina y de la salud al mejor médico aunque no pertenezca a su teópolis. Escribió sus obras en árabe y en hebreo. Una de sus célebres y desconocidas obras —parte sin embargo de nuestro patrimonio cultural común— «Guía de los Descarriados» fue traducida del árabe al hebreo con el título *More Nebuchim* y al latín con el título *Doctor Perplexorum*. Esta obra tuvo un gran impacto en Alberto Magno y en Tomás de Aquino y, en definitiva, forma parte del curso del pensamiento europeo de todos los tiempos. Tradujo y comentó la obra de Hipócrates y de Galeno, padres de la medicina europea.

Yo nací y creí en una Europa y en una España en la que una vez al año pedíamos en misa «por los pérfidos judíos». Se nos presentaba a los judíos como los malos de la película «los que mataron a Cristo», los que no recibieron a Cristo como a su

verdadero Mesías. Todavía en español *judiada* quiere decir «acción del judío» y «acción páfida», asociación intolerante e intolerable que se graba en el ordenador cerebral. «Marrano» en su primera aceptación quiere decir «judío converso al cristianismo» y además quiere decir «cerdo», siendo este animal que alimenta a generaciones y generaciones de europeos utilizado como un símbolo negativo de la cosmovisión ética del europeo (*Quel cochon, he's a real pig, ¡cerdo!...*).

Durante siglos hasta llegar a los campos de concentración de Auschwitz y al Holocausto, los judíos han sido maltratados, perseguidos, forzados a convertirse o expulsados. Sin embargo debemos los europeos descubrir en todas sus dimensiones la deuda cultural inmensa que hemos contraído con un pueblo genial, el pueblo de Adán y Eva, de David, el pueblo del Exodo y de la Pascua, el pueblo de los Salmos, el pueblo de Cristo y de María, el pueblo de Maimónides y de tantos excelsos judíos que han contribuido a edificar el gran edificio de la cultura europea.

Abulwalid Mohamed Ibn-Ahmed, Ibn-Mohamed, Ibn Rosch conocido como Averroes en el mundo eurocristiano recibe como Maimónides una formación científica, humanística, pluridisciplinar y pluricultural, en verdad «universitaria» en astronomía, en derecho, en medicina y en filosofía. Europa tiene una enorme deuda contraída con Averroes. Averroes, es el primer comentador de Aristóteles y el que coloca a este gran filósofo en el centro mismo del pensamiento europeo. Dante le hace justicia citándolo en la Divina Comedia como «el comentador de Aristóteles». Debe tener paciencia un gran pensador como Aristóteles, esperar varios siglos —diecisiete en este caso—, para que al fin tenga descendencia académica: un hijo legítimo, un gran discípulo. Si Felix Mendelssohn rescata del olvido el siglo pasado a Juan Sebastián Bach y si el Barón de Coubertin resucita los Juegos Olímpicos, muertos desde el siglo cuarto, Averroes tiene el mérito de llamarnos la atención sobre una figura colosal del pensamiento europeo, sacándolo del desván y colocándolo en el centro y aún epicentro del pensamiento y del debate de la universidad europea.

De Córdoba viaja Aristóteles a la Sorbona de París transportado por Averroes. Con Averroes y con Maimónides en la Córdoba del siglo XII comienza en realidad el Renacimiento: el segundo nacimiento cultural europeo, volviendo a beber en las fuentes de «los clásicos». Tomás de Aquino es el segundo gran comentador de Aristóteles. En la *Summa* habla continuamente de *philosophus* —el filósofo— y de *commentator* —el comentador. Si para los ingleses la reina es *su* Reina, para Tomás de Aquino *el* filósofo es Aristóteles y *el* comentador es Averroes.

Averroes tiene el gran mérito de haber incorporado el mundo de la razón y de la duda, como una parte integrante de la cosmovisión islámica, como un corrector o equilibrador del Corán, de la revelación divina. La razón también es revelación divina. Hay que contar con Mahoma pero también con Aristóteles. Los grandes generales y políticos de su época como Almanzor se dejan seducir por la personalidad, por la erudición, por la inteligencia y por el encanto de Averroes. Pero, pronto tanto Almanzor como otros musulmanes que creen que la razón, la ciencia y la duda pueden ser una amenaza para el Corán, terminan procesándolo y condenándolo por heterodoxo y hereje. Averroes termina sus días pobre y despreciado.

Si en el mundo musulmán es incomprendido, maltratado, condenado y perseguido, también recibe parecido trato en el mundo eurocristiano. Tomás de Aquino, aunque

implícitamente reconoce la deuda que ha contraído con el «commentator» —sin Averroes, Tomás de Aquino no sería Tomás de Aquino—, al fin lo descalifica: «Non tam fuit peripateticus quam peripateticae philosophiae depravator: No fue un verdadero peripatético (es decir un verdadero discípulo de Aristóteles o un fiel intérprete de su pensamiento), sino más bien un detractor de la filosofía peripatética». Duns Escoto irá más lejos calificándolo o más bien descalificándolo de «*iste maledictus Averroes*» «este maldito Averroes» en un tono poco cristiano frente al Cristo que aconseja «benedecir a los que os maldicen» y poco franciscano teniendo en cuenta a aquel Francisco de Asís que llama al lobo «hermano lobo». Petrarca le llama «*canis rabidus Averroes*» «Averroes el perro rabioso» y Gerson «*demens latro*», «ladrón loco». Aparece Averroes aplastado por el pie de Tomás de Aquino en un fresco de la incomparable Santa María Novella de Firenze y condenado en el infierno junto al anticristo en el campo-santo de Pisa. Rafael alineado con Dante le hace justicia, en cambio, en un fresco del Vaticano como un sabio en la «Escuela de Atenas».

Averroes forma parte de los pensadores europeos cuyo pensamiento o sistema ha sido bautizado con su propio nombre —averroísmo—, creando o fundando una personópolis nueva: la de los averroistas. Tomistas y averroistas fueron dos equipos académicos que jugaron al juego de tener razón, juego pasional e incluso racional —a veces hasta razonable y en ocasiones también razonante. El averroísmo forma parte del gran mosaico del pensamiento europeo y los averroistas con los tomistas, con los freudianos y antifreudianos y con todos los demás forman parte de la Gran República y de la Gran Personópolis Europea de ayer, de hoy y de siempre.

Ocurre con Averroes como ocurre con el cero, con los números «árabes» y con las naranjas: no sabemos los europeos en nuestra ignorancia multiseccular plagada de errores y de prejuicios que son regalos maravillosos y sabrosos que nos han traído nuestros hermanos árabes o musulmanes o, si se prefiere, arabomusulmanes.

En una clase de Antropología Cultural en la University of Southern California en los años ochenta, siendo Visiting Professor en esta Universidad de Los Angeles, hice un pequeño experimento: «Levantad la mano los que leáis la hora en letras romanas». Aproximadamente un quince por cien —entre ciento setenta y un estudiantes— levantaron la mano. «Ahora levantad la mano los que leáis la hora en *Arabic Numbers*, en números árabes». Un sesenta por cien aproximadamente levantó la mano. «¿Sabéis», les pregunté «por qué decimos *arabic numbers*, números árabes?» Nadie sabía». No conocemos nuestra cultura más elemental. Todos los días utilizamos los números árabes. Los árabes o arabomusulmanes nos hicieron grandes regalos culturales. Entre estos regalos nos trajeron el cero, el sistema decimal, los números árabes, los algoritmos y el álgebra. El cero fue una gran regalo y el sistema decimal. Los números árabes no fueron inventados por los árabes sino por los indios en la India, pero fueron los arabomusulmanes los que nos trajeron este gran regalo tan útil y tan revolucionario».

Cuando terminé la clase, una estudiante jordana, musulmana, a la que no conocía personalmente, delante de todos me dio un beso y me dijo: «Gracias profesor. En nombre de toda la Umma (comunidad de todos los musulmanes) le digo gracias. Es la primera vez que oigo decir a un profesor cristiano o judío que la cultura occidental debe algo a la cultura musulmana y que al mirar el reloj están viendo un panorama cultural heredado de los musulmanes». Otro estudiante llamado Yaya Yari, musulmán del Yemen del Norte, me dijo: «Le invito a toda su familia a almorzar en el mejor

restaurante de Los Angeles». Fui con mi mujer y mis cinco hijos a almorzar con Yaya Yari en un magnífico restaurante en el que se podían saborear las exquisiteces que ha imaginado la cultura de Averroes y de la Alhambra de Granada.

El beso de esta estudiante jordana y la invitación de este estudiante yemenita me han hecho meditar sobre la frase de Platón: «Faltar a la verdad es cometer un error pero, además, es hacer daño a las almas (psijé)»¹⁰. ¿Cómo puede decir Claudio Sánchez Albornoz, un eminente historiador español, que «el *Asturorum regnum* creado por Pelayo y su estirpe salvó a España de ser una piltrafa del Islám»?¹¹. Es curioso que este historiador cegado por prejuicios eurocristianos —padece ceguera cultural, una enfermedad que suele afectar a algunos pseudoacadémicos— no haya reparado en que su propio apellido sea Albornoz, nombre árabe. El albornoz es una prenda de vestir heredada en la escena europea de la cultura islámica. Los hábitos franciscanos y dominicos con su capucha son una variación eurocristiana de un tema arabomusulmán. Más acertado, más juicioso y más prudente —*fair*, diría el pueblo de Shakespeare y de Darwin— se nos revela Alfonso X, bien llamado El Sabio cuando define «nuestra Estoria de las Espannas» como una historia «tan bien de moros como de cristianos et aun de judíos». Pero no solo en la historia de España intervienen «moros», cristianos y judíos. El Patrimonio cultural común de los europeos no sería el que es, si hubiésemos de quitar de la escena la intervención y la herencia de los arabomusulmanes.

En 1989 la Comisión Europea creó unas Cátedras denominadas Jean Monnet en derecho comunitario, economía comunitaria y en historia de Europa. La Comisión Europea, tras la recomendación favorable del Consejo Universitario Europeo para la Acción Jean Monnet, me otorgó una de estas cátedras como «a pilot chair», «una cátedra experimental», al tratarse de una asignatura nueva que denominé *Cultura Europea*. Tras diez años de investigación y de reflexión y de docencia en esta Cátedra Europea, he publicado un libro titulado *Europa, Tema y Variaciones: La Identidad y Variedad Cultural Europea*, traducido al italiano (*Il Saggiatore*, Milan, 2002) Aquí me he limitado a mostrar la punta de este iceberg cultural.

En el siglo XX ha habido un *superpower*, un superpoder, o sea Estados Unidos de América. Esta geópolis, esta macrotribu, ha ganado el juego económico, político y militar. Los Estados Desunidos de Europa se enfrentaron en dos guerras fratricidas, desangrándose y arruinándose y tuvo que venir e intervenir «el» superpoder para poner paz entre las tribus alemanas, inglesas, francesas, italianas y otras. ¿Sin embargo no cuenta nada la cultura a la hora de definir un «superpoder»? ¿Qué tocarían las orquestas de Estados Unidos, si se suprimieran del repertorio todas las composiciones de Bach, Brahms, Beethoven, Vivaldi, Chopin, Ravel, Debussy... todas las obras de compositores europeos? ¿Qué óperas se pondrían en escena en Estados Unidos, si se suprimieran todas las óperas de Verdi, Puccini, Mozart, Wagner, Rossini, Bizet... todas las óperas de compositores europeos? ¿Qué ocurriría si en los museos Guggenheim, en los Paul Getty, en los museos de Nueva York y en todos los museos de Estados Unidos, se eliminaran todos los cuadros de los Miguel Angel, los Rafael, los Boticelli, los Velázquez, los Rembrandt, los Goya —incluso los Picasso y los Dalí—...todos los cuadros y esculturas de los grandes maestros europeos? ¿Qué ocurriría en las universidades y en las bibliotecas de Estados Unidos, si se eliminaran todas las obras de

¹⁰ Fedón, Sócrates, 115e.

¹¹ Orígenes de la Nación Española (1985), C. Sánchez Albornoz, p. 342.

Homero, de Platón, de Aristóteles, de Arquímedes, de Pitágoras, de Newton, de Einstein, de Freud, de Darwin, de Descartes, de Kant, de Hume... todas las obras de pensadores europeos? ¿Qué ocurriría en las universidades y en las bibliotecas de Estados Unidos, si desaparecieran todas las obras literarias de Shakespeare, de Dante, de Cervantes, de Goethe, de Camões... todas las obras poéticas de Virgilio, de Píndaro, de Ovidio, de Horacio, de Keats, de San Juan de la Cruz...? ¿Qué ocurriría en Europa si se suprimieran del repertorio de música clásica y de ópera todas las obras de compositores estadounidenses?

Hago estas preguntas, porque un «superpoder» a secas no tiene en cuenta para nada las aportaciones culturales. Pero no todo son dólares y misiles «inteligentes». ¿No reside la identidad y la riqueza de Europa en su colosal y maravilloso «patrimonio cultural común»? Para algunos un cuadro de pintura sólo tiene valor, si se vende por muchos millones en una subasta. Pero las obras maestras de la cultura son «*prizeless*»: no tienen precio (si bien al fin las obras «que no tienen precio» son las más cotizadas).

Podríamos descubrir la mejor Europa: la que nos lega en su testamento espiritual (y, además, económico) la Pasión de San Mateo de Bach, Don Giovanni de Mozart, las Meninas de Velázquez, las ciudades de Florencia, Oxford, Salamanca, Heidelberg, París, Atenas, Roma, Viena... Podríamos saborear estas exquisiteces de la cultura, sin contentarnos con alimentar nuestro cuerpo y nuestro espíritu con bazofias del *pest-seller*: comida «rápida», telebasura, música que se define por su ruido y por sus groserías, carne hormonada, vacas «locas» y editores hormonados con libros de tira y pon. Podríamos mirarnos en el espejo de Félix Mendelssohn que nos redescubrió la música de Bach o en el espejo del Barón de Coubertin que desempolvó las Olimpiadas que estaban arrinconadas en el desván cultural europeo y las sacó a escena.

No deberíamos los europeos caer en ninguna estúpida arrogancia tribal al maravillarnos del «patrimonio cultural común» que hemos heredado, pero es nuestro deber conocer, mantener y preservar nuestra cultura y hacer cuanto esté en nuestras manos para que siga dialogando Platón, componiendo Mozart, escribiendo Cervantes, pintando Miguel Angel y fabricando los «stradivarius» Antonio Stradivari, no para imponer nuestra cultura a nadie, ni para caer en una arrogancia eurocéntrica siempre perjudicial, sino para ofrecer en un espíritu de servicio, de solidaridad y de agradecimiento nuestros productos culturales a toda la familia humana, teniendo en cuenta la deuda inmensa y desconocida que hemos contraído con otras sociedades que nos han regalado sus maravillosos inventos culturales y recordando siempre el consejo de Montesquieu: «Jamás haré nada que beneficie a Francia, si perjudica a Europa; jamás haré nada que beneficie a Europa, si perjudica a la humanidad».

BIBLIOGRAFÍA

- AL'ARABI, IBN: *La Joya del Viaje a la Presencia de los Santos*. Editora Regional de Murcia. Murcia. 1990
- ALBRECHT-CARRIÉ, R.: *One Europe: The Historical Background of European Unity*. Doubleday. New York, 1965
- BOSSUAT, G. e GIRAULT, R. Edt. *Europe brisée, Europe retrouvée*. Publications de la Sorbonne. Paris, 1994
- CHABOD, F.: *Storia dell'idea d'Europa*. Laterza, Bari, 1961

- CHAUNU, PIERRE: *La civilisation de l'Europe classique*. Arthaud.Paris, 1966
- *La civilisation de l'Europe des lumieres*. Arthaud. Paris 1971
- *La civilización de la Europa clásica*. Juventud. Barcelona, 1975
- DUROSELLE, JEAN-BAPTISTE. *L'idée européenne*. Denoël. Paris, 1965
- *L'Europe: histoire de ses peuples*. Perrin. Paris, 1988
- GIRAULT,R.: Edt. *Identité et conscience européennes au xxe siècle*. Hachette. Paris, 1994
- GODDARD,LLOBERA AND SHORE (Eds): *The Anthropology of Europe*. Berg. Oxford,1996
- HESIOD: Loeb Classical Library.Harvard University Press.London, 1998
- *Works and Days*
- HOMERO: Loeb Classical Library. Harvard University Press. London, 1998
- *Iliad*
- *Odyssey*
- JÁUREGUI, JOSÉ ANTONIO:
- *La Emergencia de un Modelo Cultural* (Publicado en el libro *El Tratado de Amsterdam*). Editorial McGraw Hill. Madrid, 1998
- *European Culture* (Publicado en el libro *The Culture of European History in the 21st Century*). Haus der geschichte der Bundesrepublik Deutschland. Bonn, 1999
- *Europe: Thème Culturel commun avec variations* (Publicado en *Les Identités de l'Europe: Repères et Prospective* UCL, Institut d'études européennes. Louvain-la-Neuve, 1998
- *The Ecu as Vehicle of European Culture and Feelings* (Publicado en *From Democratic Deficit to an Europe for Citizens*. Presses Universitaires. Namur, 1994)
- *The Role of Spain in European Culture* (Publicado en el libro *Europe Beyond 1992*) Graduate Institute of European Studies. Tamkang University. Taipei, Taiwan, 1992
- *¿Cultura Europea?* (Publicado en el libro *España en la Europa Comunitaria: Balance de Diez Años*). Centro de Estudios Ramón Areces. Madrid, 1995
- *Ciudadano de la Unión Europea* (Publicado en el libro *The European Union at the Dawn of a New Century*). Euroius. Madrid, 1997
- *First Letter to the Greeks*. Revista EUROPAIKI EKFRASSI. Atenas, 1998 (en griego moderno)
- *Las Reglas del Juego: Las Tribus*. Espasa-Calpe. Madrid, 1977
- *Cerebro y Emociones: El Ordenador Emocional*. Maeva Ediciones. Madrid, 1997
- *The Emotional Computer*. Blackwell, Oxford, 1995
- *Europa, Tema y Variaciones: La Identidad y Variedad Cultural Europea*, Maeva, Madrid, 2000
- *La Identidad Humana*, Martínez Roca, Barcelona, 2001
- JÁUREGUI, PABLO: *National Pride and the meaning of Europe: a comparative study of Britain and Spain* (en *Whose Europe*, Dennis Smith and Sue Wright ed., Blackwell, Oxford, 1999)
- MADARIAGA, SALVADOR DE: *Bosquejo de Europa*. Espasa-Calpe. Madrid
- *Ingleses, Franceses, Españoles*. Editorial Sudamericana.Buenos Aires, 1969
- MORIN, EDGAR: *Pensar Europa*.Editorial Gedisa. Barcelona, 1988
- ORTEGA Y GASSET: *La Rebelión de las Masas*. Espasa-Calpe. Madrid,1976

- *Meditación de Europa*. Revista de Occidente. Madrid, 1960
- PASSERINI, LUISA. Edt.: *Identità Culturale Europea*. La Nuova Italia. Firenze, 1998
- PLATON: Loeb Classical Library. Harvard University Press. London 1987
- *Theaetetus Sophist*
- ROUGEMONT, DENIS: *Vingt-huit siècles d'Europe, La conscience européenne à travers les textes, d'Hésiode à nos jours*. Payot. Paris 1961
- *The Idea of Europe*. Macmillan. New York, 1996
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, CLAUDIO: *Orígenes de la Nación Española*.
- *El Reino de Asturias*. Sarpe. Madrid 1985
- TREVOR-ROPER, HUGH, etc.: *La Epoca de la Expansión*. (Historia de las Civilizaciones. Alianza Editorial/Labor. Madrid, 1988
- *The Rise of Christian Europe*. Thames and Hudson.